

Discurso del señor doctor Alfredo Pérez Guerrero, Rector de la Universidad Central, en la Inauguración del Tercer Congreso Latino Americano de Sociología

Señores:

Os saludo fervorosamente, fraternalmente, señores Delegados al Tercer Congreso Latino Americano de Sociología. Habéis venido de las diversas Repúblicas de América, próximas o lejanas geográficamente, pero unidas todas por la buena vecindad de la ciencia y del espíritu y por la comunión en las glorias del pasado y en las promesas del mañana. Venís de la Argentina y Chile, de Colombia y Venezuela, de Costa Rica y el Perú, del Norte, del Sur y del Este, y traéis en vuestro pensamiento y en vuestro corazón las esencias permanentes de vuestros pueblos, el caudal de conocimientos elaborado a través de muchas experiencias y sacrificios y el ímpetu de coraje y de voluntad que es como acero templado por los soles de vuestros valles y por la nieve de vuestras cumbres.

Hombres de nuestra generación y de nuestro tiempo, tenéis, no obstante, hundidas las raíces de vuestra alma en el pasado lejano, y levantáis el estandarte de vuestros anhelos hacia las altas cimas del futuro. Y por eso, porque esto es así, porque vosotros y nosotros hemos prendido la antorcha de nuestras vidas en los rescoldos de la historia y queremos que esa antorcha ilumine los largos y ásperos caminos del porvenir, por eso, hay fraternidad y solidaridad en nuestro pensamiento y en nuestro destino. Fraternidad y solidaridad que se yerguen por encima de las selvas, cordilleras y abismos que nos separan; fraternidad y solidaridad que nos permiten hablar de América, como de un mundo de paz y de libertad, como de un mundo en que

millones de hombres estamos cumpliendo la faena prodigiosa de crear un nuevo sentido político, social y económico.

Enorgullece a Venezuela el haber sido cuna de Bolívar; es gloria de Argentina, ser la tierra de San Martín; Cuba está iluminada por la palabra de fuego y de amor de Martí; Uruguay se precia de Rodó y Artigas, el filósofo y el constructor político; Colombia es hogar de estadistas, de poetas, de oradores sobresalientes; mi Patria ha dado hijos de la talla gigante de Montalvo o de González Suárez o de Alfaro y cada una de las otras naciones americanas tienen, así mismo, guerreros, estadistas y filósofos de renombre. Pero esos hombres altos en el genio, altos en el pensamiento, altos en la acción, no son solamente gloria de sus pueblos; son hombres de América: lucharon y pensaron en medida continental; sus vidas, su heroísmo y su sacrificio sobresalen de los límites de sus Patrias, para convertirse en heroísmo, en sacrificio y en triunfo de América, de esta América nuestra, española y portuguesa, incaica, maya y aymará. Sangres iberas y aborígenes corren por las arterias de los pueblos americanos; hablamos las lenguas armoniosas y sonoras de Castilla y Portugal; nos penetra el mismo sentido religioso de humildad y de orgullo, de insatisfacción y de anhelo de infinito; es semejante nuestra pobreza material, nuestra falta de grandes industrias y de grandes carreteras; y es igual también nuestra fiera, tenaz, indomable lucha por la libertad y por la justicia.

Son esas las raíces del pasado, cuyas fibras se enlazan en el subsuelo de nuestros pueblos, tan estrechamente, tan intimamente que es como si fuera una sola savia la que los alimenta, savia que al emerger en las acciones del presente da frutos semejantes de acción, de ciencia, de costumbres y de esperanzas, cualquiera que sea el estado a que pertenezcamos. Es un pasado de excelsas virtudes, que son los blasones de nuestra raza y el cimiento firme y ancho para todas las edificaciones de la civilización y la cultura. Es cierto también que ese pasado tiene aspectos negativos; pero es necesario que los tenga, porque todo progreso implica la lucha de los valores creadores y positivos contra aquello que es debilidad, enfermedad o muerte. Pero en virtudes y en defectos, en imperfecciones y excelencias, somos en verdad un solo pueblo, una sola raza, un solo espíritu. Lo somos en el hoy y en el ayer: en las gestas de la independencia y en las proezas de la conquista; en la gestación de los tiempos coloniales y en la obra silenciosa de las artífices y artistas que erigieron templos y palacios y esculpieron en la madera o en la piedra maravillosas esculturas; en la inseguridad de nuestra organización política y en las frecuentes revueltas y revoluciones que tanto bien y tanto mal han hecho a nuestros países; en la fe y

en el ardor por conquistar nuevas cimas de bienestar y de libertad. En todo esto del pasado y del presente, somos semejantes. Y lo somos también en el destino y en la misión asignada al Nuevo Mundo; en las virtualidades y potencias escondidas en la entraña de la raza, en los símbolos de nuestro progreso y en el culto a los grandes principios humanos de dignidad, de libertad, de justicia.

Ha sido tumultuoso y cambiante nuestro pasado; han sido precisos muchos siglos para fundir, asimilar, dosificar las virtudes y las sangres de muchas razas y de muchas almas; hemos tropezado y hemos caído y la marcha de nuestros pueblos ha sido ruda y dolorosa a través de abismos y de cardos. No tuvimos el sentido de la disciplina, del orden, de las realizaciones concretas y objetivas que hicieron la grandeza y el poderío de Estados Unidos de América. Los soldados de las guerras de la Independencia usaron su espada, que rompió cadenas coloniales, como instrumento de dictadura y de opresión, y ese fué un mal ejemplo que persistió durante más de cien años. A ello ha de agregarse la ignorancia de la mayoría de nuestras poblaciones, la espantosa miseria y degeneración de las clases aborígenes, la ausencia de un sentido moral, y práctico en muchos dirigentes políticos que hicieron del poder una especie de conquista para el logro de sus ambiciones y que ignoraron que el poder es un mandato, una tarea de sacrificios que hay que cumplir en beneficio del pueblo, una responsabilidad grave para con el presente y el mañana.

Hemos superado ya una etapa de indecisión, de duda y de fracasos, y los pueblos de América tenemos ya conciencia de nuestro deber y de nuestro destino; sabemos cuáles deben ser nuestras rutas y cuál nuestra bandera. Hemos salvado el arca santa que contiene los tesoros de nuestra libertad y de nuestro progreso, y el pasado constituye una experiencia y una enseñanza permanente. Hay ya una conciencia no solamente nacional sino, además, internacional. Estamos realizando lentamente el sueño de Bolívar que intentó con su visión de genio crear una federación de Estados de América del Centro y del Sur, que equilibrara el poderío de América Sajona. En ese entonces el concepto mismo de Patria estuvo en gestación y fué impreciso; hombres de Colombia o de Venezuela o de Chile o de Ecuador, podían sin sorpresa y sin oposición, ejercer las más altas magistraturas en países distintos de su nacimiento. Sólo más tarde y en mucho por intereses circunstanciales, o de grupo fueron delineándose y trazándose las fronteras de los actuales Estados americanos, como sociedades políticas independientes y soberanas. Pareció así que el anhelo de Bolívar había fracasado definitivamente. Ahora nos damos cuenta de que ese anhelo correspondió a una realidad auténtica y tuvo por base la igualdad de raza, de idioma, de religión, de cos-

tumbres de los habitantes de América. Cada vez con más frecuencia se reúnen los intelectuales, escritores, sabios y políticos de nuestra Patria, para discutir y plantear sus problemas; cada vez nos conocemos más ampliamente, cada vez sentimos mejor, como nuestros, los triunfos, las dificultades y los dolores de cada uno de nuestros pueblos.

Hay, sí, todavía problemas no resueltos, recelos y controversias; pero irán amenguándose y desapareciendo y llegará un día en el cual se establezca una ancha base de solidaridad entre todos nosotros, un día en que estructuremos sobre las bases de unidad de raza y de espíritu y de los ideales comunes de democracia y libertad una unidad económica y política para encarar las dificultades del mundo que nace. Entonces, más de ciento treinta millones de hombres, podrán aportar la luz de su pensamiento y el calor de su corazón para la obra portentosa de construir la civilización y la cultura que está naciendo con tanto sufrimiento y con tanta angustia en esta era atómica, en esta era que es como una puerta entreabierta hacia el porvenir inmenso, aún borroso e impreciso, cuyo signo puede ser de destrucción y muerte o puede, si lo queremos verdaderamente, hacer de la tierra un oasis de paz y de libertad para todos los hombres. Para dar sentido y dirección a este porvenir poseemos un espíritu nuevo, no envenenado por las pasiones del pasado, y también una tierra inmensa y fecunda, riquezas no explotadas y un sentido alto y armonioso de la vida. Poseemos sobre todo las lecciones de nuestro pasado que han sido lecciones de democracia y de respeto a la dignidad humana, porque, para América, el hombre es la máxima excelencia de la naturaleza y de la vida, cualquiera que sea su pensamiento social, político o religioso.

Inauguramos hoy las sesiones del III Congreso Latinoamericano de Sociología. Fué Quito la sede escogida en el último Congreso reunido en Río de Janeiro hacen dos años. Se han dado cita otra vez los sabios, eruditos y maestros en las ciencias sociales. Hemos recibido ya valiosos eruditos y cada uno de vosotros trae los frutos de su sabiduría y de su experiencia para mostrarlos aquí y para obtener conclusiones beneficiosas para la ciencia pura y para sus aplicaciones en las realidades de América.

La Sociología es una de las más amplias, más trascendentales y más difíciles disciplinas científicas porque tiene que partir de la realidad de las agrupaciones humanas y extraer de esas realidades enseñanzas para el presente y para el mañana.

Toda sociedad de hombres es una superficie multiforme y cambiante; un equilibrio de las energías biológicas y espirituales de millares de individuos; una ecuación de sus esfuerzos; un límite para

sus ambiciones, anhelos y necesidades. Esas formas son semejantes a las que adopta la vida en el animal o en la planta; es una especie de sinfonía que tiene profundidades invisibles y que revela energías inagotables. Una sociedad humana es como la superficie de los mares, agitada por las ondas y las olas, siempre en movimiento, en un ir y venir de colores y sonidos, de suavidad y esperanza, de rugido y de canto; una superficie que nunca es igual y es siempre la misma, desde cuando la surcaron las blancas velas de la Hélade y de Roma, o las carabelas de Cristóbal Colón, hasta ahora en que los hombres de nuestro tiempo van con sus máquinas de acero por encima y por debajo de las aguas, llevando los frutos de la vida y las guadañas de la muerte.

Así cada sociedad tiene profundidades obscuras que son la vida de ayer que nunca se extingue definitivamente, sino que sigue viviendo en el hoy y proyectando su energía todopoderosa hacia el futuro. Sólo que el hombre es el único ser con poderes de que carecen los otros; el poder del pensamiento y el poder de la libertad, para seguir por un rumbo o por otro y para dirigir las fuerzas que ha descubierto o que ha creado hacia la destrucción o hacia la felicidad.

Por todo ello, la Sociología es una síntesis de variados conocimientos sobre el hombre. Precisa investigar el pasado de los grupos y precisa conocer las virtualidades biológicas, psíquicas, religiosas y morales que determinan la existencia y las cualidades de las sociedades que existen. La sociedad es una resultante de fuerzas tumultuosas, cada una de las cuales lucha por prevalecer sobre otras. Y el Sociólogo debe analizar profundamente la medida y la potencia de esas fuerzas, para determinar primeramente el sentido y la razón de ser de los actuales grupos y, luego, para influir en ese torrente y trazarle cauces.

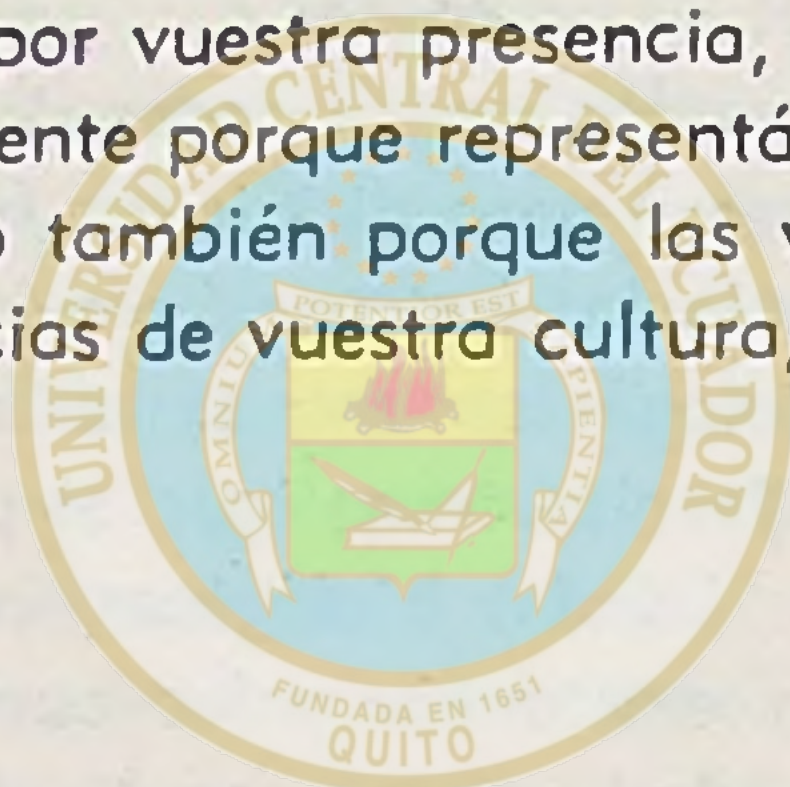
Es esta la tarea del Congreso de Sociología. Tarea apasionante como todas las que tienen por objeto el problema del hombre. Tarea útil, porque servirá para un conocimiento más cabal de las sociedades de los pueblos americanos, y para demostrar la unidad de raíz y de conocimiento que existe entre ellas.

Recibid, ilustres delegados de América, el soludo cordial de la Universidad de Quito. No sois en ella huéspedes de países extranjeros. La Universidad Central es uno de los varios hogares del espíritu de América y os pertenece a vosotros con el mismo derecho que a nosotros mismos, no solamente porque la ciencia y el espíritu no tienen fronteras, sino, en especial, porque los que poseéis vosotros también nos pertenecen, y porque los anhelos, las creencias y esperanzas de vuestros pueblos, los sentimientos dentro de nuestro cerebro y nuestro corazón. Aquí, en Quito y en su Universidad se encendieron las prime-

ras brazas de la libertad, con resplandores que iluminaron no solamente los horizontes de mi Patria, sino los amplios horizontes de América.

Se inaugura este Congreso de Sociología en un día de fiesta para todos los países de este Continente. Los primeros españoles que arribaron a las playas de América con su heroísmo, con su fe y con su sacrificio, pusieron el primer asiento de una civilización y de una cultura para un mundo nuevo. Ese heroísmo y esa fe han de ser inspiración viva y actuante para los pensadores, maestros y estadistas de estos pueblos. Que el recuerdo de la hazaña que se cumplió hace cerca de medio milenio sea signo y guía en los actos y resoluciones de este Congreso, y que podamos enorgullecernos de que la faena de estos días sea un paso más para la unidad, y para la grandeza de América.

Gracias, excelentísimo señor Presidente de la República, por haber auspiciado este centamen científico, que honra a la Universidad y al país. Y gracias por vuestra presencia, que da mayor solemnidad a este acto, no solamente porque representáis al Ecuador como su Primer Magistrado, sino también porque las virtudes de vuestro pensamiento y las excelencias de vuestra cultura, sabrán apreciarlo y enaltecerlo.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



El señor Rector de la Universidad Central, Doctor Alfredo Pérez Guerrero, pronunciando el Discurso Inaugural del III Congreso Latinoamericano de Sociología